



Museo real de pinturas de Madrid.

17 DE AGOSTO DE 1856.

El rey Carlos III, á quien se deben los monumentos y edificios principales que adornan la poblacion de Madrid, se paseaba agitado por su cámara. Dos ó tres veces había entreabierto la puerta y llamado al gentil-hombre que hacia la guardia. En el modo de andar demostraba la impaciencia que le dominaba. De pronto se abrió la puerta de la cámara, y un gentil-hombre anunció al arquitecto Villanueva. Era un hombre de mediana estatura, bien formado, y cuya mirada penetrante y ancha frente revelaban el talento y la inteligencia.

— Mucho has tardado, Villanueva, dijo el rey.

— Señor, contestó Villanueva inclinando la cabeza respetuosamente, es mucha la distancia que hay desde el prado de San Gerónimo hasta vuestro real alcázar: ese ha sido el motivo de mi tardanza. Aquí tiene Vuestra Majestad los planos, y el modelo del Museo, que me ha mandado hacer.

El rey desenvolvió los planos, los extendió sobre un velador, y estuvo detenidamente estudiándolos y haciendo mil preguntas á su arquitecto de cámara Villanueva: despues dándole un golpe en el hombro le dijo:

— Están bien: llenan completamente mis deseos. Pienso reunir en este edificio, y al mismo tiempo señalaba á los planos, un museo completo, donde colocadas en diferentes galerías las ricas colecciones que poseo, tanto de historia natural como de los cuadros y esculturas que desparramados por mis palacios yacen oscurecidos á la vista y al estudio de los aficionados. De esta manera lograré dar á las artes el impulso y actividad que las dieron mis augustos predecesores.

Ocho días despues el prado de San Gerónimo estaba en completa animacion; por todas partes se veían peones, y albañiles, y carpinteros. Un hombre con un baston delgado en la mano, que al mismo tiempo le servía de medida, dirigía aquella muchedumbre laboriosa: era que el edificio destinado para Museo general de ciencias y artes, empezaba á construirse.

Por mucho tiempo duró esta actividad; pero los sucesos políticos del reinado de Carlos IV vinieron á paralizarlos. La guerra de la independencia, esa guerra heroica que tanto nombre ha dado al pueblo español, hizo que se suspendiesen todos los trabajos. La España necesitaba soldados, y el jornalero que antes manejaba la piqueta ó el martillo; lo arrojó al suelo al grito santo de independencia, y en su lugar tomó el fusil para defender su patria, su religion y su rey. Todos conocemos los sucesos de esta guerra; admiracion de la Europa entera, y en que los esfuerzos del heroico pueblo español hicieron retroceder por primera vez las águilas imperiales capitaneadas por el coloso que algunos años despues debía espirar lejos de su patria, abandonado de su ejército y solamente asistido por algunos fieles servidores que no le abandonaron hasta que exhaló su último suspiro en la isla de Santa Elena, y bajo la guardia y la vigilancia de los ingleses.

Entre tanto el edificio del Museo se iba deteriorando por momentos. Los franceses lo habían hecho cuartel y depósito de municiones, destruyéndolo casi en su totalidad á su salida. La lluvia y la inelemencia del tiempo habían secundado la obra de destruccion.

Restablecida la tranquilidad en España y vuelto Fernando VII de su cautividad, emprendió con nuevo ardor la obra empezada por su abuelo. Las reparaciones fueron tasadas en siete millones de reales, y el rey señaló de su bolsillo secreto la cantidad de 24,000 reales mensuales, que pagados puntualmente por la real casa en medio de los grandes apuros en que se encontraba, dieron principio y aliento á la grandiosa obra de Carlos III y de Villanueva.

La reina Doña María Isabel de Braganza contribuyó tambien al feliz éxito de esta obra, desprendiéndose con la generosidad que la caracterizaba de la pension que por razon de alfileres tenía consignada sobre la renta de correos.

Por fin, la parte del edificio destinada para galería de pinturas y escultura, quedó concluida.

El edificio se compone de una planta rectilínea que tiene en su centro un paralelogramo de 378 piés de largo por 74 de an-

cho, termina en sus extremos con otros dos cuerpos de planta cuadrada de 131 piés de lado, y sus centros hacen línea con el del paralelogramo principal, componiendo un todo de 680 piés su línea principal y la opuesta. Del medio de esta formando ángulo recto, parte un salon paralelogramo, que termina semicircularmente, de 66 piés de ancho por 86 de largo.

Consta el edificio de dos cuerpos, bajo y principal. En su gran fachada que es la que está situada al O., se eleva un cuerpo arquitectónico de 28 piés de altura, compuesto de una galería de 13 piés de fondo, con 14 arcos de medio punto y 4 adintelados, enriquecidos sus machones con 16 hornacinas de figura rectangular, al aire y en sus huecos igual número de estatuas alegóricas al objeto del edificio. Sobre ellas en el espacio que media hasta la cornisa hay otras tantas medallas circulares, con los bustos en bajo relieve de hombres célebres en bellas artes, coronando este cuerpo una imposta general en todo el edificio. La fachada interior de esta galería consta de un orden de 14 ventanas, con la buena proporcion de 10 piés de alto por 6 de ancho en sus huecos, adornadas de jambas, dinteles, guarda-polvos y repisas sostenidas por ménsulas. Intesta esta galería por sus extremos en dos cuerpos salientes 36 piés de ella, compuestas sus fachadas de un orden de 5 ventanas y 2 en los costados de cada una, iguales en un todo á las de la fachada interior de la galería, finalizando este cuerpo la misma imposta general que corre lineal por todo el edificio. La fachada que mira al S. y al Jardín botánico consta en su cuerpo bajo de un zócalo general de 10 piés que suple el desnivel de la anterior fachada, y de un cuerpo saliente en su centro 3 piés de su línea, y de 50 de frente; todo de piedra berroqueña y blanca de Colmenar, colocada con el mayor acierto, compuesto de dos ventanas y una bellísima puerta en su medio, de 22 piés de alto por 9½ de luz, adornada de jambas, dintel y pilastras con su basa, concluyendo en unas cartelas diestramente talladas que reciben la repisa del balcon principal, haciendo línea con la imposta general que corona este cuerpo. La fachada de la espalda en la que está suprimida la galería de la principal es igual todo su cuerpo bajo, y el orden de ventanas que la compone al de los cuerpos laterales, y coronado de la imposta general.

Sobre dicha imposta formando su techo al pavimento del piso principal, se eleva en el cuerpo del centro de la fachada de poniente otra galería de 22 piés de alto é igual fondo que la baja, compuesta de un intercolumnio de orden jónico de 28 columnas de 17 piés de alto de piedra berroqueña y sus correspondientes contrapilastras, con capiteles y basas áticas de piedra de Colmenar, cargando á plomo de los macizos que resultan entre los arcos y hornacinas de la galería baja.

Termina este cuerpo la cornisa del mismo orden insertando sus extremos en los cuerpos salientes laterales. Sobre la referida cornisa se mira en toda su línea un sotabanco ó medianino de 8½ piés de altura, con un orden de 18 ventanas que iluminan el gran salon, y de 6 piés de alto por 8 de ancho con jambas y dinteles de piedra berroqueña.

Finaliza este cuerpo último un grandioso cornisamento de 8 piés de alto y de la misma piedra, con ménsulas bellamente distribuidas, el cual corre por todo el edificio.

Constituye la entrada principal de esta fachada, interrumpiendo el centro de ambas galerías, un majestuoso cuerpo arquitectónico, saliente 2½ piés de ella y de 64 de frente, compuesto de 5 intercolumnios de orden dórico de 40 piés de alto con sus correspondientes contrapilastras de piedra berroqueña, con basas áticas y capiteles de piedra de Colmenar.

Termina este cuerpo la cornisa del mismo orden, haciendo línea con la jónica de la galería, ocupado su friso y arquitrave por una gran inscripcion que se ha de poner en una lápida de 60 piés, cuyos lados terminan á plomo de los dos centros de las últimas columnas. En el medio de los intercolumnios laterales se eleva un pedestal de 3 piés que recibe una estatua: los restantes dan entrada á un gran pórtico de 32 piés de ancho por 28 de fondo, cuya fachada principal forma línea con la interior de la galería, y es compuesta de tres puertas de 18 piés de alto

por 10 de ancho la principal, y 10 por 5 las restantes, con ventanas á plomo de ellas y sus jambas y dimensiones correspondientes. Sobre la cornisa de este cuerpo se eleva un ático con su frontis, atando su cornisa con el cornisamento principal del edificio; en su centro, sobre un cuerpo resaltado y de 44 pies de línea se halla un bajo relieve de 33 pies de ancho por 8 de alto. A los lados de este cuerpo y sobre sus zócalos, asentarán dos Farnas y un grupo alegórico, descansando sobre tres gradas, ha de ocupar el centro y concluir el ornato de este cuerpo. En los laterales de esta fachada de O. consta su piso principal de un orden de 5 balcones volados en su frente y 2 en los costados de cada uno, de 17 pies de alto por 7 de ancho en sus huecos, con sus repisas de piedra berroqueña, adornados de jambas y dinteles en sus mochetas y pilastras, cartelas y guarda-polvos, todo de la misma clase de piedra. Haciendo línea con estos corre una imposta ó faja general que ata á la altura de la cornisa de la galería últimamente descrita, y sobre ella y á plomo de los balcones tableros de 4 pies de alto por 10 de ancho, resaltados, terminando este cuerpo el cornisamento general del edificio. Sobre este se eleva otro sotabanco de 8 pies de alto, con un orden de ventanas apaisadas con jambas y una sencilla cornisa general de piedra berroqueña.

En la fachada que mira al S. ocupan el centro del cuerpo principal 5 intercolumnios de orden corintio de 30 pies de alto con las proporciones mas bellas del antiguo, y su correspondiente cornisa que ata con el cornisamento general del edificio ó columnio al medio para la colocacion del balcon principal, cuyo hueco concluye en un medio punto, y sobre las laterales tableros resaltados. Un grupo alegórico finaliza este cuerpo.

El resto de la fachada y toda la de la espalda del edificio es igual en todas sus partes á la de los cuerpos salientes de la fachada principal. En el centro de la fachada que mira al N. y en la cuesta de San Gerónimo haciendo línea con ella, principia una escalinata, cuya superficie á causa del asiento del terreno por este punto, ata con la imposta del cuerpo bajo del resto del edificio. Esta da entrada á un pórtico de 62 pies de frente con 16 de fondo, compuesto de tres intercolumnios de orden jónico del mejor gusto griego, con su correspondiente cornisa, que ata con el cornisamento general. La fachada interior de este pórtico consta en su centro de una gran puerta que termina semicircularmente de 27 pies de alto por 12 de ancho, y á sus lados 2 hornacinas para estatuas. Sobre la cornisa y centro de este cuerpo se elevan 3 gradas que sirven de base á un grupo que la termina con elegancia. Los restos laterales de esta fachada, son iguales á los de su opuesta en todas sus dimensiones.

La distribucion interior del edificio ligeramente descrita es la siguiente: Su entrada principal por el pórtico de la fachada N. da á un ingreso ó vestíbulo circular de 8 columnas de orden jónico antiguo, y cubierto de una cúpula encasetonada y abierta por un anillo de 10 pies de diámetro.

Circunda á este vestíbulo una galería abovedada de 13 pies de ancho por 35 de alto, que sirve de comunicacion general, y dos puertas situadas en sus medios laterales dan entrada á dos grandes salones de 144 pies de largo por 31 de ancho.

Por la puerta de su frente se pasa á una pieza cuadrada de 35 pies de largo y 28 de ancho por 56 de alto, cubierta por una cúpula con ventanas de 11 pies de alto por 9 de ancho en sus arcos torales.

A su frente un arco de 29 pies de alto por 17 de ancho es la entrada de un suntuosísimo salon abovedado de figura paralelógramo, de 378 pies de largo y 36 de ancho por 38 de alto, con un cuerpo de 44 pies de altura en su medio (sin interrumpir sus principales líneas), cubierto de una cúpula abierta por una claraboya circular de 12 pies de diámetro por 11 de alto que en union de otras 8 repartidas por toda su línea, iluminan el todo del salon.

El lado izquierdo de este cuerpo da entrada á otro magnífico salon terminado en semicírculo de 88 pies de largo por 50 de ancho, cuya construccion sigue aunque lentamente, y desde el cual se verán á la vez la galería de pinturas y la de escultura.

Por el frente del gran salon paralelógramo se pasa á una pieza circular de 42 pies de diámetro y 44 de alto, iluminada por la parte superior y cubierta por una cúpula. Las 4 puertas que en ella se hallan dan paso á una galería en que están las entradas de dos salones iguales á los que se hallan á los lados de la rotunda de entrada por la fachada N., y dicha galería rodea un patio de 50 pies de largo por 40 de ancho.

Por el centro del frente de la misma galería se entra á la pieza cuadrada que termina este edificio, abovedada, de 38 pies de largo y 32 de ancho por 41 de alto. Tiene además el edificio otras doce salas que contienen cuadros, de las cuales cuatro están ya habilitadas para galerías históricas, en que se halla la serie cronológica de retratos de los reyes de España, con varias pinturas que representan sucesos importantes de la historia del país, y además tiene los magníficos salones y rotondas de la galería de escultura que corresponden debajo del salon paralelógramo y pieza circular inmediata, con mas la sala de restauracion de pinturas, salas de depósito de estas, y local dispuesto para habilitar en el ático de uno de los pabellones del S. otras salas parecidas á las recientemente concluidas para museo ó galería histórica.

El grabado que damos hoy á nuestros lectores, representa la nueva sala de pintura y patio de escultura que el inteligente y celoso director del mismo D. José Madrazo ha hecho construir despues de vencer mil contrariedades y sobre todo la escasez de fondos. En esta galería se han reunido los mejores cuadros de las diferentes escuelas. A su frente y como presidiendo esta rica coleccion, se encuentra el famoso cuadro del Pismo de Sicilia, obra maestra de Rafael de Urbino; y que continuamente llama la atencion de todos los que visitan esta sala.

No me detendré hoy á hacer la descripcion de los cuadros, ni de las diferentes escuelas que encierra el real museo; es empresa demasiado árdua para mí. Un jóven, mi amigo, mi compañero de infancia se ha encargado en un segundo artículo de dar á conocer á nuestros lectores todas las preciosidades que en cuadros posee este establecimiento, el mas rico de Europa.

Notable ya este jóven por sus artículos sobre la exposicion de pinturas, publicados en *Las Novedades*, á todos dejará satisfechos: el nombre solo de Agustin Bonnat, es para este trabajo una garantía.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

UN NIÑO MISIONERO.

Nada hay mas grande que esos gloriosos confesores, esos hombres que animados por el espíritu de Dios van á llevar la caridad de la fé cristiana á las naciones salvajes embrutecidas por el despotismo y sentadas en la sombra de la muerte.

Desde el momento en que Cristo dió su mision á los apóstoles para que predicaran el Evangelio hasta nuestros dias, almas nobles y generosas se han consagrado á la extension del catolicismo; y en nuestros dias mismos admiramos las obras sobre-humanas de algunos pobres sacerdotes contemporáneos nuestros, á quienes apenas, en medio del tumulto de las cosas humanas, siguen algunos ojos al través de las escalas de Levante, la Bulgaria, el Líbano, la Siria, la Persia, el Mogol, el Malabar, Bengala, Tonquin, la China, la Corea, los archipiélagos del oceano, hasta las riberas en fin del Misisipi.

No hace muchos años todavía que un celoso y modesto sacerdote, á quien conocemos, penetró en las islas de Fernando Pó y de Annobon, y tomando posesion de ellas en nombre de la cruz de Cristo y de la reina de España volvió á Madrid, trabajando incesantemente un año y otro año para que se enviasen allí misioneros que abriesen los ojos de la fé y de la civilizacion á aquellos pobres naturales sumidos en la mas completa ignorancia y en las tinieblas de la idolatría. Por fin, despues de esfuerzos inauditos, hace dos meses que ha marchado á aquellas regiones para evangelizarlas el presbítero D. Miguel Martinez, cura párroco de Chamberí, el que acompañado de algunos

jóvenes eclesiásticos, y de obreros y artesanos de distintos oficios, se ha embarcado para dichas islas á fin de llevar con sus sacerdotes la palabra de Dios, y con los artesanos los primeros y mas necesarios rudimentos de las artes, que han de servir de base á la civilizacion de aquellos pueblos incultos.

En el primer viaje de descubrimiento y exploracion de estas islas, al desembarcar los primeros misioneros en una de ellas,

inmediata á las de Fernando Póo y Annobon y habitada tambien por salvajes, se encontraron cerca de las playas del mar, sobre una roca, una cruz toscamente construida y una porcion de niños negros en actitud de adorarla, dirigidos por otro niño blanco, tambien de pocos años. Al redor de aquel altar, con la cruz cubierta todavia con su corteza, rezaban con voz argentina en español la oracion del Ave Maria.



Grande fué el asombro de los misioneros al encontrar en aquel pais donde creian que era nueva la idea de la cruz un tosco y verde altar levantado á ella.

Al verlos, el niño gritó en claro é inteligible español: ¡Curas! ¡Curas! y todos los negritos volvieron inmediatamente la cabeza hácia los misioneros. Estos, al ver aquel niño, le rugaron que los llevase á casa de sus padres; pues veian que no era de los indígenas. Contóles el niño que habia como un año que habia sido arrojado allí en un gran naufragio, separado de sus padres, y que no los habia vuelto á ver: que recogido por unos negros le habian criado al lado de sus hijos, y que recordando él lo que habia visto cuando se hallaba muy lejos de allí, viviendo con sus padres, habia hecho aquella cruz, habia enseñado á los negritos las oraciones que todos los dias su madre le hacia repetir al levantarse y al acostarse, y que juntos se ponian todos los dias de rodillas ante aquella cruz que entre todos ellos habian hecho.

— Luego son cristianos; los hemos visto rezar contigo: dijeron los misioneros.

— Yo no sé lo que son, dijo el niño; me ven orar, se arro-
dillan en redor mio, y han aprendido alguna de las palabras; pero no sé si las comprenden ó no; porque yo no entiendo su lenguaje. Sin embargo, les he enseñado á todos á hacer la señal de la cruz y no dejan jamás de hacerla cuando pasan delante de esta cruz.

— Y quién ha levantado esta cruz?

— Yo, dijo el niño; me he acordado de las que hay de trecho en trecho en mi tierra.

Y al concluir esta sencilla relacion, el pobre niño no pudo contener sus lágrimas y profundos suspiros.

Los misioneros le preguntaron su nombre: el niño no lo sabia; no recordaba ni el nombre de su patria, ni el punto donde habia residido; no sabia tampoco fijamente cuánto tiempo habia que permanecia en la isla, porque no habia medio ninguno para poder medir el tiempo.

Admiráronse los misioneros, y dieron mil gracias á Dios, respetando sus impenetrables designios de que un niño que no sabia contar, que no sabia leer, que no estaba iniciado en los mis-

terios de la religion, hubiese echado los gérmenes y comenzado la conversion de toda una tribu, tanto que los misioneros únicamente tuvieron despues que acabar su obra.

Aquel niño, aquel primer apostol de estas islas ha permanecido en ellas, y es seguro que puesto en comunicacion con los obreros evangélicos que en el mes de mayo de este año han salido de España para llevar allá la palabra de Dios, les será de un fuerte y poderoso auxilio, porque ya conocerá el idioma y las costumbres peculiares de aquellos pueblos.

José MUÑOZ GAVIRIA.

EL TOREADOR (1).

Dice el *Diccionario de la lengua castellana* que *toreador* es «el que torea», y aunque la tal definicion no nos ilumina gran cosa que digamos, nos satisface, sin embargo, y la admitimos, puesto que estamos en el secreto de que si los sabios académicos no dijeron lo bastante, pensaron decir algo mas, y fué: «Que por toreador se entiende el que torea por aficion y sin recibir por su trabajo recompensa alguna.» El *torero* es precisamente el reverso de la medalla. Pero dejemos á este individuo para mas adelante, y remontémonos al origen del espectáculo.

Los toreadores son poco menos antiguos que los toros, y desde que el hombre vió por la primera vez al cornudo monarca del soto, le ocurrió huir del soberbio empuje de su testuz, y se decidió á no dejarse enclavar en sus astas. Si el toro fué uno de los animales que se salvaron del diluvio, es indudable que Noé le *citaria* para obligarle á entrar en el arca, y que al sacarle de ella le volveria á citar, sirviéndole de *burladero* la puerta.

Queda pues probado, y si no lo estuviere lo probaremos mas adelante, que con el toro nació el torero, y á la par de ambos el toreador.

Mas ó menos perfeccionada, por aficion ó por oficio, por necesidad ó por pasatiempo, las corridas de toros son tan antiguas como el toro mismo; si este bicho lo es tanto como el mundo, resulta probado que el toro y el toreador existen desde que el mundo es mundo.

Pero si al lector no le gusta marchar de una en otra hipótesis para averiguar el origen de esta clase de fiestas, nosotros le diremos que el célebre Rodrigo Díaz de Vivar (el Cid Campeador) alanceó toros desde el caballo; y que desde el siglo XII se conocen las corridas de toros en España. Ellas fueron el mayor recreo de la nobleza de Alfonso VII, y desde entonces hasta nuestros dias, ha ido siempre en aumento este espectáculo *solo de España*, como dijo en el año de 1800 el licenciado Francisco Cepeda. Diferentes monarcas han alternado en las lides de toros, con los caballeros, disputándose el premio que la dama mas hermosa de la corte destinaba para el mas diestro y galan. Los reyes moros de Granada usaban tambien esas fiestas de competencia con los castellanos, y en las bodas del rey don Juan con doña María de Aragon, tomaron gran incremento las corridas de toros; siendo esto causa de que algunos escritores hayan querido suponer que desde entonces se conoce esta diversion como espectáculo público y nacional. Nosotros nada diremos en pro ni en contra de esa opinion, porque no contamos cuatrocientos años de vida, ni nos dirigimos á personas que se hallen en tan lastimoso caso.

Tomaremos las cosas tal cual están, sin cuidarnos de averiguar cómo estuvieron, y puesto que ya el toreo no es una mera diversion sino un arte, y los toreadores son artistas, y artistas *diestros*, dejaremos á un lado á los toreadores de aficion, para ocuparnos de los toreros de oficio.

EL CHULO.

Este individuo de la vasta familia de los toreros, que se forma de un muchacho de corazon, osado, temerario, de buenas piernas, y que á ser posible esté bautizado en Andalucía, es el em-

brion de los Romeros, de los Costillares, Pepehillos, Montes, Cúchares y Redondos. Desde muy niño se le ve abandonar la escuela por asistir á la corrida de toros, y ganarse la amistad de los picadores, cuidándose los caballos mientras dura la fiesta, y examinando luego las estocadas que recibieron los toros, con una curiosidad verdaderamente artística. Antes de cumplir los diez y nueve años de edad, ya asiste al matadero público, donde le permiten torear las vacas destinadas al sacrificio, y frecuentando el trato con los maestros del arte, va adquiriendo la posicion que algun dia ha de coronar sus deseos de la infancia. Pero no es en la lidia de las reses de la carne donde el neófito recibe el bautismo de toreador, ni donde se inicia en la gran familia de los lidiadores. Las corridas de novillos son el principio de su carrera y la pieza de exámen que le ofrecen los que algun dia han de guiarle al templo de la inmortalidad, ó han de ver con envidia sus triunfos; pues mas de una vez sucede que los maestros se arrepienten de haber enseñado al chulo los primeros rudimentos de la tauromaquia.

Es lo cierto, sin embargo, que no hay hombre sin hombre, y que el toreador que aspira á ser torero, necesita la proteccion de un espada que le admita en su cuadrilla, permitiéndole ensayar algun dia la difícil suerte de las banderillas. Esta gracia, repetida con buen éxito media docena de veces, y aplaudida otras tantas por el público, da á nuestro novicio la respetable investidura de

BANDERILLERO.

Hasta que adquiere este grado en la carrera, viste de negro con media blanca, y su principal oficio en la plaza es el de acudir con una espuerta de arena á empapar la sangre con que los caballos heridos por el toro regaron el *redondel*. Desde que se hace banderillero, ya puede vestir de plata y seda, y no le falta algun gran señor que, declarándose su padrino, le regala un vestido de lujo, en gracia de haberle brindado, tal cual vez, un par de banderillas, ó *echado* en su nombre un capote al toro. Pero esto no puede hacerlo sin su cuenta y razon; porque el espada á quien sirve le pide, al final de la corrida, estrecha cuenta de las capas que echó sin su permiso, *descomponiendo la cabeza* al bicho, ó *quitándole las piernas* mientras se estaba picando. El banderillero es un verdadero ayudante del general en jefe, que es el espada, y no debe hacer nada que este no le ordene. Debe tener siempre un ojo fijo en el toro y otro en el espada, para cumplir bien con su obligación; siendo la principal el estar pronto á *sacar el toro* de los caballos cuando *recargue* y nada mas, cuidando mucho de echarle el capote á los ojos. Llegada la hora de las banderillas, es cuando nuestro héroe queda entregado á sí mismo, sin mas director de escena que las reglas del arte y el estudio que haya hecho durante la lidia, de la naturaleza y resabios del toro. Este conocimiento es de la mayor importancia, y es el que decide el lucimiento de la suerte y hasta la vida del banderillero. Segun haya observado que el toro es *boyante*, *abanto*, *tuerto*, *burri-ciego*, etc., deberá intentar clavarle las banderillas al *cuartito*, á *media vuella*, á *topa carne-ro*, al *sesgo* ó al *recorte*. Esta última suerte es la de mayor lucimiento y la mas atrevida. El diestro que la repita tres ó cuatro veces en una temporada, puede estar seguro de una fama imperecedera. No hay nada mas elegante ni mas airoso que ver á un banderillero serpenteando el cuerpo para recortar á un toro boyante que se humilla engañado hasta clavarle los palos. El diestro que acaba con felicidad esta difícil suerte, puede pasear con orgullo la plaza entre las aclamaciones del pueblo, cuyo entusiasmo llega algunas veces hasta pedir que el espada ceda la muerte del toro al afortunado banderillero. En cuyo caso ya no es de nuestra incumbencia el describir lo que allí pasa. Otra es ya la categoría del novicio.

EL ESPADA.

A este rey de la fiesta, verdadero Cid Campeador de la batalla, no está bien que le vea el lector con el capote al brazo, corriendo en seguimiento del toro para llevarle hácia los picadores; no porque esta suerte y la de sacar el toro *pegajoso*, cuando

(1) Estos artículos fueron escritos en 1849 para un album de tipos españoles, que publicó en París un pintor francés, despues de haber residido algun tiempo en España.

recarga, sea de poco lucimiento, sino porque después de las banderillas, dió el clarín la sentencia de muerte al bicho, y es llegada la hora de ver al diestro con la muleta y el estoque en la mano izquierda, arrojar lejos de sí la montera, después de haber tomado la venia de la autoridad que preside la plaza.

En ese momento supremo, un silencio religioso sucede á la continua gritería de los espectadores. Las gentes que ocupan los tendidos inmediatos al palco de la presidencia, se alzan en pié para acompañar en el saludo al espada; y este, con una rodilla en tierra, si la Reina asiste á la corrida, ó de pié en caso contrario, suelta este ú otro brindis parecido:

Ea, señor presidente, allá va por la de usía, por todo su acompañamiento, por la gente de Madrid y los forasteros, y por lo que cada cual tenga mas guardao en el pecho.

El público aplaude la improvisación del espada que, gallardo y airoso, marcha decidido á encontrar al bicho, llevando detrás de sí los mas diestros de la cuadrilla, prontos á ejecutar cuanto él les diga, y mejor convenga al buen éxito de la suerte. Nuestro héroe ha hecho ya un completo estudio del animal que ha de ser su víctima ó su verdugo, según el resultado del duelo á muerte; avanza de frente, mas ó menos, á proporcion que el toro tenga pocas ó muchas piernas; le cita con la muleta hasta hacerle tomar el engaño, y después de darle unos cuantos *pases al natural, ó de pecho*, se le cuadra perfilado, con la mano derecha sobre el pecho y la punta de la espada marcando ya el sitio por donde ha de buscar la sepultura; cita de nuevo al toro, este se humilla, el espada avanza el brazo que tenía encogido sobre el pecho, y cuando el toro tira la cabezada que le da la muerte, el diestro se halla fuera de peligro. Pero esta airoso manera de matar los toros, es, como todo lo bueno, muy difícil, y no se ve todos los días, ni á todos los toreros, ni con todos los toros, la suerte de matarlos *recibiendo*. A la carrera, á media vuelta, á paso de banderilla, ó á volapié, suelen morir la mayor parte de los bichos, con mucho sentimiento de los aficionados. Hay pocas espadas hoy día que reciban toros, por mas que el estado actual de las ganaderías produzca muchos toros fáciles de ser recibidos por los espadas.

Afortunadamente no nos hemos comprometido al escribir este ligerísimo bosquejo de los lidiadores, á disertar sobre el estado actual de la corrida de toros, ni menos á hacer una reseña de todas las suertes que pueden hacerse con los bichos. Nos han pedido cuatro palabras acerca de cada uno de los tipos taurómicos, y ya nos está esperando á pié

EL TORERO DE Á CABALLO.

Este toreador ó torero, ó como quiera que se llame, no se parece nada, en cuanto hombre, á los demás hombres que lidian á pié. Ni necesita ser esbelto, ni ligero, y sobre todo le sobran las piernas que al diestro de á pié casi siempre le faltan. Le conviene por el contrario, ser grueso, aunque no tanto que los caballos (en su mayor parte tísicos) que salen á la plaza, no puedan sostenerle. Su primer estudio ha de ser la equitación; porque no puede hacerse un picador del hombre que no sirve para ginete. Después de que ha educado bien la mano izquierda para gobernar la cabeza del caballo, y sabe afirmarse sobre los estribos, es cuando llega la hora de ensayar la robustez del brazo derecho, para ver si podrá parar el empuje de un toro de cabeza sin despaldillarle ó cosa por el estilo. Si en sus mocedades no ha sido vaquero, ni tenido amistad íntima con ningún mayoral de las diferentes ganaderías que surten las plazas de España, debe asistir á los tentaderos, verdadera escuela del picador. En estos sitios, verdadero certámen académico, en el que los toros pueden aspirar á merecer las notas ó censuras de *sobresalientes, sobresalientes con recargue*, ó simplemente *buenos*, y, lo que es peor, *flojos*, es donde el picador puede averiguar la potencia de su brazo derecho, la habilidad de su mano izquierda, y la resistencia pasiva de sus espaldas. Allí es donde aprende á medir la tierra, parte muy esencial de su oficio, y á acostumbrar su cuerpo á no resentirse de los porrazos. En este punto, el picador es como los objetos de cristal que jamás

se quiebran en manos del fabricante; mientras el torero de á caballo cae derribado por el toro, jamás se hace daño, y aunque se retire alguna vez á la enfermería, casi siempre lo hace por aparecer sensible ó interesante, y por ganar el dinero con mas comodidad y menos exposicion.

Verdad es que cuando sale á la plaza va cubierto de hierro desde la cintura al tobillo, con lo que llaman las *manas*; pero su invulnerabilidad en las caídas, solo consiste en que el picador es como todos los hombres, animal de costumbres, y ha adquirido la de caerse y la de levantarse en un solo tiempo.

El destino que desempeña en las corridas de toros está sujeto á varias contingencias, y no tiene nunca la independencia del diestro de á pié, que apenas tiene embarazos de ninguna especie, y puede lucir su habilidad sin mas que contar con su corazón y sus piernas. Al picador no le basta tener corazón y brazos, y saber arrendar un caballo, sino que con esas buenas cualidades, puede á veces quedar deslucido y no poner una vara en regla en toda una corrida. El picador necesita los siguientes brazos auxiliares: primero, el contratista de caballos, si le dan un rocín como el de Don Quijote, que tiene callo en la boca, ó no tiene vientre donde sentir el acicate, por mas que el ginete le obligue, ó no le dejará llegar á la suerte, ó no le librará del porrazo después de echada. Segundo, es indispensable que no riña con el espada, ni con ninguno de la cuadrilla, para que no le distraigan el toro antes de la suerte de vara, ó se le saquen antes de acabarla con lucimiento. Es indispensable tambien que el dueño de los toros no pida en vano el *hierro de invierno*, porque esto puede ser muy fatal al picador, aunque de esto cuida demasiado el contratista de los caballos; y por último, el público, juez supremo de las corridas de toros, en ninguna suerte se cree mas entendido, ni falla con mas autoridad que en las de vara. Y si todos esos perances le pareciesen pocos al lector, aun le falta otro de no poca importancia; aludimos á los apremios que suele enviarle la autoridad para que vaya al toro. Pero como esos recados se los lleva el alguacil, y tambien este personaje es molécula integrante de las corridas de toros, bueno será que digamos cuatro palabras de

EL ALGUACIL.

Conocido con el nombre de *corchete*, porque engancha á los reos para llevarlos al tribunal, y en esfera mas sublime, con el de *ministro de Justicia*, esa millonésima fracción de los tribunales de España, es el único individuo cuyo gran uniforme se conserva tal cual se usaba en los siglos xv y xvi. En los días de toros y en algunas otras solemnidades por el estilo, los habitantes de Madrid se pueden hacer la ilusión de que viven en la corte de Felipe IV, ó de que ha tornado al mundo el célebre Quevedo, seguido de su odiada cohorte de alguaciles.

Quando el ministro de justicia se viste del modo que queda dicho, ni anda vigilando las plazuelas para que los vendedores cumplan los bandos de policía urbana, ni llevando papeletas de apremio, ni otras menos simpáticas de su oficio; cuando monta á caballo los lunes, es para marchar delante de la cuadrilla de los lidiadores á hacer el saludo, y descubrirse debajo del palco de la presidencia para recoger la llave del *toril*. Entonces es cuando haciendo alarde de ginete, entrega la llave para que suelten el toro, y mete espuelas, saliendo de la plaza entre los silbidos de los espectadores. Esto último es tan indispensable en esos momentos, que si algun alguacil no tuviese la honra de ser silbado por el público, sus compañeros le obligarían á que presentase la dimisión de su destino.

Apenas deja el caballo, se sítua entre barreras, debajo del palco de la presidencia, con la cara vuelta hácia la autoridad para recibir sus órdenes, entre las que se cuenta la de mandar al picador que vaya al toro.

Son sus enemigos los toros de Colmenar, porque á pesar suyo saltan la barrera para hacerle una visita, y mas de una vez, y mas de un alguacil se ha visto por el aire entre las astas de un toro.

Terminada la corrida se despoja el alguacil de su *gola* y de su *espadín*, y vuelve á la vida privada, á dar cuenta á su

mujer de los lances de la corrida y del peligro en que le puso el toro que *tomó el olivo*. Pero esto no le importa al lector, y para saber los lances de la corrida, mejor será que nos acompañe á ver

UN GRUPO DE TOREROS.

Antes y despues de las corridas, el torero de á pié es de á caballo, viste pantalon largo, chaqueta corta, faja de seda, chaleco abierto y sombrero *calañés ó gacho*. Ese traje no es el de la generalidad de los habitantes de Madrid, como han querido suponer algunos extranjeros, pero le usan algunos artesanos, y por esa razon el distintivo principal de los toreros consiste en el *moño ó coleta*. La delgada trenza de pelo que el día de la corrida engalanan con un lazo de cintas, es el sello de la cofradía, y apenas se oye decir, que tal ó cual torero se ha *cortado la moña*, ó se le puede encomendar á Dios, ó se sabe por lo menos que se ha dado de baja en el arte.

Sus puntos de reunion son el café de *Venecia* ó el de las *Cuatro Calles*, y en este último punto se los encuentra á todas las horas del día, con especialidad al anochecer y en las altas horas de la noche. Entre las calles del Príncipe y la de Peligros se pueden conocer las notabilidades taurómacas y sus aristocráticos padrinos, siendo esa la Bolsa donde se saben todas las noticias palpitantes de la tauromaquia. El grupo puede bien formarse: de un espada, un picador, dos banderilleros y una manola. Su conversacion seria harto prolija y no estaria al alcance de todos por mas explicaciones que diésemos acerca de su indispensable y difícil tecnologia: daremos una muestra de ella.

Un picador. El lunes se concluye la ganadería del duque; le voy á picar los bichos con el *regaton*.

Una manola. Harás muy bien, porque como el corregidor es amigo suyo, te pondrán *poco hierro*, y casi es lo mismo.

Un espada. Pues harás mal, porque ese no es el modo de lidiar los bichos, y luego van sin castigo á la muerte.

La manola. Te lo darán mechado y te lo servirán en una fuente para que lo trinches mas á tu gusto.

El picador. Cállate, Paca, ó te reviento de un pescocozon.

La manola obedece á la dulce insinuacion de su querido, y este volviéndose al espada le dice:

—Tú no sientes el poco castigo de los bichos, sino que el duque es tu padrino, y has ofrecido brindarle el primer toro y matarle delante de su palco... Pero en los *medios* de la plaza y con el *regaton* los he de picar á todos; y es mas aun, que les he de tirar el sombrero y hacer de *juir* como las cabras.

Un banderillero. Déjate de disputar, y el lunes lo verémos; yo tambien he ofrecido dar el *salto al trascuerno* en el primer toro, y arrancarle la *divisa*.

La manola. ¿Para quién?

El banderillero. Para la mejor moza de España, no agraviando lo presente.

La manola. Será para Pepa la ramilletera.

El banderillero. La misma.

La manola. ¡Vaya una buena moza!... parece un gato desollado.

El picador (alzando la mano). ¡Paca!

El banderillero. Déjala que hable; lo cierto es que me ha regalado un vestido rosa y plata, que será la envidia de algunos.

La manola. ¡Como la cuesta poco trabajo el ganarlo!

El picador ya no alza esta vez la mano, sin bajarla bruta-mente sobre la mejilla derecha de Paca, y agarrándola del brazo se retira con ella del grupo diciendo:

—Señores, á la par de Dios.

Entonces la cuadrilla de á pié queda sola, y dice:

El espada. Mas le valiera á Curro...

Cañamones. Hablar menos y tener mas fuerza en el brazo derecho... Estamos muy mal de picadores... Yo no sería contratista de caballos aunque me dieran un millon de reales por cada toro... No saben montar... y luego entregan el caballo al momento.

Esas y otras razones pasan entre los concurrentes á las cuatro esquinas, y se habla mucho de las suertes de la última corrida,

haciéndose diversas conjeturas sobre la calidad del ganado que se prepara para la próxima.

La próxima ruego al lector que la espere sentado, por si tar-do en venir á contársela, que todo podrá suceder.

ANTONIO FLORES.

AL MUY ALTO ET PREPOTENTE EMPERADOR DE LOS FRANCESES
NAPOLEON III

ET Á SU MUY NOBLE BELLA PRESCIADA ET DINNA ESPOSA

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Á QUIENES EL ALTISIMO DIOS CONCEDIERA UN FIJO

PARA SER GLORIA DE LA FRANCIA

ET ATMIRACION ET PREZ DEL MUNDO

ROMANCE

EN ANTIGA FABLE CASTELLANA,

TROVANDO EL VIEJO QUE DIZE

«CABALLERO SI Á FRANCIA IDES.»

Aquí comienza el romance hablando de como una noble Duña de Castiella demanda nuevas á un Caballero Frances, de la illustre Condesa de Teva que se fuera á Francia.

DICE LA DAMA.

Caballero, si venides
De Francia la natural,
Atendet mi homilde ruego
El vueso bridon parat.

Decitme de la Condesa
Decendiente de Guzman,
Bella flor de Manzanares
Qu'el Sena ha querido honrar.

La Condesa tan fermosa
Qu'en el mundo non hay tal,
Honra et prez de las Españas,
Gloria suya et maiestat;

La blanca como azucena,
La de labros de coral,
La del viso sonrosado,
La del talle divinal;

La que si aplasciente mira
Almas sabe cativar,
Et si grave, las sus plantas
Van los soberbios besar:

La discreta sabidora,
La amadora del trovar,
La qu'al harpa del poeta
Fizo dolce sospirar:

La qu'en corcel generoso
Los bosques vá travesar,
Et del fiero javali
Los impetus sojetar.

La qu'en los regios palacios
Alfombras suele pisar,
Et d'alli en homildes chozas
Vá mezquinos conhortar.

Desdeque partiera mi amiga
Plaszer non poedo fallar:
El peso del corazon
Non me deja respirar.

Todos los dias se pasan
Sin nada nos consolar,
Et en luengas noches, sueños
Tristes, nós facen plorar.

Los salones, ya catamos
En sepulcros se tornar,
Et la joventut semeja
Sin brio et sin vida estar.

Ya en el frondoso Retiro,
Ya en el Prado otro qui tale,
Los arboles las sus fojas

Mustias facen abaxare.

Desque la illustre Poncella

Nuesa Patria fué dexare,

Plañiendo las avecias

Solo endechas van cantare.

Fuyeron risas é amores,

Las gracias fuyendo vanen;

Todo de tristura et luto

Semeja que v'á espirare.

E así el noble caballero,

Nuevas me querades dare

De la dulce amiga mia:

Non me fagais mas penare.

RESPONDE EL CABALLERO.

Esa que vistes la Corte

De vuesa Isabela ornare,

De la noble et dinna Regna

D'España la siempre grande

En la Cibdat de Paris

Cifne diadema imperiale

Et con amor al poder

Facer aplasciente sabe.

Dios que protexe la Francia

A Francia la fué á endonare,

E al heroe que bien la rige

Noble esposa sin iguale.

A'aque! que despues d'un Cesar,

Quiere á un Augusto imitare,

Et fundar un grant imperio

Qu'eterno vaya turare.

A'aque! que sabio et prudente

Supo en la Francia enfrenare

La discordia et cevil guerra,

Siempre á los homes fatale.

El que libró de dolores

La misera humanitat,

E que sin temer la guerra

Camia la guerra en la paz:

El que sin facer esclavos

Ordena la libertat,

Et faziendola de todos,

Los bandos quiere finar,

Desdenando otras nasciones

En vuesa patria leal

Fue tomar la noble Esposa

Qu'el su lecho haya d'honar.

Dios mismo de la su mano

La Poncella de Guzman

Guiara ante los sus ojos,

Por sus afectos ganar.

Et apos como la vido

Tan fermosa et celestial,

La dió toda l'alma suya,

Sin nada la refusar.

Al que cielo et tierra fizo,

Causa de todo final

Plugo de Castiella et Francia

Los blasones adunar.

Del fuerte Leon la fija

Al del'Aguila cabdal

Ofresce en santo himeneo

Frutos que son de presciar.

Eugenia la castellana,

Ya de Francia natural,

Fecunda el thalamo regio

Por su nueva patria honrar.

Un bastago generoso

Nascido del tronco real

Al Emperante frances

El cielo le fué á otorgar:

Este será las delicias

Et la sospirada paz,

Que la ira et los rencores

Del mundo venga finar.

Yo vi al pueblo que corrie

En tropel para aclamare

Al recien nascido infante

E á Dios gracias tributare.

Voces eran d'alegria

Las qu'alli hove d'escochare,

Et non qual otras vegadas

De fiero terror letale.

Los enrudescidos pechos

Qu'el patrio suelo anegare

Con sangre non refusaron,

Hoy non osan respirare.

E al ver la Francia dichosa

Otros climas van buscare

Do poedan los sus rencores

Su invidia et saña fartare.

Esta es la hestoria et el fado

D'aquella flor de Guzman

Por quien vos la noble Dueña

M'hoviste de pescudar.

Et lo al qu'acaesciere

Fama lo ha de publicar,

Ca yo me torno á Paris

Para sus triunfos gozar.

REPLICA LA DAMA EN OTRA MANERA DE COPLAS.

¡Oh bien haya el caballero

Que me fizo cortesía,

E á quien darle gracias quiero

Con la vida et l'alma mia!

Esta vegada Señor

Grata me voy á mostrar,

Pues me quesiste otorgar

Tan cortesmente favor.

De vuestos labros pendiente

Tovistes mi corazon,

Qu'era acostado et doliente

Et dinno de compasion.

Mas hoy ya que de consuelo

Vuéas nuevas escoché,

Gracias de lo que gozé

Debo tributar al cielo

Daredes mi norabuena

A la dueña enaltescida

Qu'á su fortuna encadena

Los amores et la vida.

Et al noble Emperador

Remembrat como en Castiella

Nació la radiante estrella,

Hoy de la Francia esplendor.

Partit, ende caballero

A Paris la gran Cibdat,

Et seyendo mensagiero

Mis benecciones llevat:

E la guirnalda de flores

Qu'ha texido l'amistanza

De prestar ha buena andanza

A mi amiga et sus amores;

Ca tal vez la fresca rosa

Nascida en el praderal

S'ayuntar poede dichosa

Con la corona Imperial.

A. DURAN.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.